



ALEJANDRO ERNESTO / EFE

Pablo Milanés y Gabriel García Márquez, este viernes, en la Casa de las Américas de La Habana

García Márquez llega a Cuba “ansioso por ver a Fidel Castro”

■ El premio Nobel colombiano –que dijo que no cree que escriba una novela nunca más– aterrizó por sorpresa el viernes en la isla caribeña para visitar a Fidel Castro, quien también acaba de cumplir 80 años

JOAQUIM IBARZ
Corresponsal

MÉXICO. – Gabriel García Márquez se escondió de la prensa y de sus amigos cuando el martes pasado cumplió en México 80 años. El viernes viajó a Cuba para visitar a su entrañable amigo Fidel Castro. “Estoy ansioso por verlo, es lo que más deseo”, dijo. En la isla si se ha mostrado en público, ha asistido a un homenaje al cantautor Pablo Milanés y ha atendido con amabilidad a los medios informativos.

En los pasados meses de noviembre y diciembre, García Márquez estuvo varias semanas en La Habana esperando infructuosamente poder ver a Fidel Castro. Sin embargo, el delicado estado de salud del gobernante cubano impidió la visita. Todo indica que ahora sí se producirá. De otra manera no se entendería el viaje a la isla del Nobel colombiano. Incluso es probable que cuando el lector lea esta crónica ya se haya producido el encuentro. En las últimas semanas parecía que la amistad de Gabo con Castro

había quedado en un segundo plano ante la creciente proximidad del comandante con Hugo Chávez, quien ha viajado con frecuencia a La Habana y actúa como portavoz sobre la evolución del enfermo. El 29 de enero reapareció Castro junto al presidente venezolano, evidenciando una notable mejoría. Hace diez días, intervino en directo en el programa radiofónico *Aló Presidente* del líder bolivariano.

Castro y García Márquez han cumplido 80 años con escasos meses de diferencia, por lo que, con cierto retraso, celebrarán juntos el aniversario. Tras llegar a Cuba, el escritor colombiano dijo: “Lo que más deseo es ver a Fidel”. Después señaló con su mejor talante: “No lo veo hace tiempo por su enfermedad, pero estoy seguro que Fidel ya sale de eso”. Gabo manifestó sentirse muy emocionado, “es una felicidad estar en Cuba cada año”. “No es que yo viva en Cuba, es que viajo tanto aquí, que parece que estoy permanentemente”, comentó. El escritor comentó con picardía que “me voy pronto porque tengo que ir a feste-

jar a alguien que cumple 80 años en Colombia”. A final de mes, asistirá en Cartagena de Indias al IV Congreso de la Lengua Española, durante el cual se le tributarán diversos homenajes y se pondrá a la venta una edición especial de un millón de ejemplares de *Cien años de soledad*.

Gabo evitó dar detalles sobre sus proyectos literarios. Al preguntarle sobre su próxima novela, comentó que “lo más importante es que tengo que escribirla. No he empezado todavía”. Pero desconfió al añadir la frase: “No creo que la escriba”.

Gabo sorprendió a los invitados que estaban en la Casa de las Américas cuando apareció para sumarse al homenaje al cantante y compositor Pablo Milanés. Rodeado de amigos, vestido con guayabera y pantalón de lino blanco, visiblemente feliz, García Márquez entregó la medalla Haydeé Santamaría al fundador de la nueva trova cubana. “Es la primera vez en mi vida que condecoro a alguien menor que yo”, bromeó.

Su consejo para los jóvenes escritores fue muy simple: “Que escriban, que escriban, que no hagan nada más. Con el tiempo resulta, que tengan paciencia y con el tiempo resulta, al principio uno está muy descorazonado y de pronto uno va creciendo y al final se arrepiente porque hay que salir corriendo”.

El Circ Cric como síntoma

ANÁLISIS

Tortell Poltrona no es Michael Ende, aunque su peripécia con el circo siga la senda de *La historia interminable*. La cancelación de la gira del Circ Cric por los problemas burocráticos que la compañía afronta ha servido para vislumbrar una situación que, como el mismo Poltrona ha dicho desde hace tiempo, no es nueva. Los profesionales del circo entendido como una de las bellas artes han reivindicado desde hace años que sus creaciones fueran tratadas como lo que son: cultura escénica y no un negocio ambulante de tiempos pasados.

Las últimas declaraciones del conseller de Cultura, Joan Manuel Treserras, dando la razón al Cric, pueden quedar en eso: tienen la

razón, pero con la razón se quedan. La Generalitat debería enfocar el tema desde una perspectiva muy distinta para lograr influir en las normativas municipales, tan diversas y dispersas como los concejales que las aprueban. El mundo del circo tiene un funcionamiento comercial regido por los acontecimientos ciudadanos. La competencia es muy grande en la medida en que, para el común de los mortales, todos los circos son iguales.

La vieja y olvidada teoría de la justicia distributiva –que dice que hay que tratar desigualmente a los desiguales– pasa por encima del espectáculo circense enfrentado permanentemente a una *burrocracia* desquiciante. Cuando un circo se mueve hacia una ciudad, hay otros que le siguen. Lo sabe Poltrona, quien tuvo que renunciar a la gira española por la presión de los empresarios tradicionales. Y tras esa renuncia, ha llegado la segunda.



Tortell Poltrona

Y en tierra propia. Es muy probable que si el Cric actuara en el BTM, en el Palau Sant Jordi o en el Auditori no tendría estos problemas, pero una carpa que levanta sus mástiles al cielo en un espacio urbano es una complicación para una sociedad de orden, ordenada y con normativas que tienden siempre a regular los fenómenos por la vía de la restricción, cuando no de la represión. Si el Cric Cric es lo más parecido al circo nacional de Catalunya, debería tener el aval político para ser recibido con las mismas prestancias y facilidades que el Teatre Nacional, la OBC o, en suma, la cultura nacional. Eso no evitará que, como pasó en Girona hace tres años, haya conflictos entre el Cric y el Raluy, dos ilustres circos catalanes, y tampoco impedirá las maniobras del tradicional Circo Americano, afincado en Castelló d'Empúries.

Nótese que el hartazgo de Poltrona y compañía se produce coincidiendo con la inauguración en Madrid de un espacio fijo para el espectáculo circense y con dirección del payaso catalán Joan Montanyès. No hay que caminar sólo la normativa, sino la sensibilidad.

SANTIAGO FONDEVILA

LLÀTZER MOIX

Baudrillard y Coll

El pasado martes fallecieron el humorista José Luis Coll y el sociólogo y pensador Jean Baudrillard. A primera vista, las coincidencias entre uno y otro terminan ahí, en la fecha de su muerte. Pero quizás existan otras: ambos trabajaron con palabras y conceptos, transformando o reinterpretando su sentido; ambos exploraron la cambiante realidad, así como los límites y los horizontes de la razón y del absurdo; y, con distintos motivos e intensidades, ambos nos hicieron reír.

Durante los últimos decenios, la escuela francesa de pensamiento ha gozado de predicamento global. Sus miembros han pisado alfombras rojas camino de las universidades norteamericanas. Y, al tiempo, han ejercido como ansiosos cartógrafos de un nuevo orden vital, en el que el ser humano, desprovisto de viejas herramientas como la razón o la palabra, parece inerme ante el ultraliberalismo tecnológico. Baudrillard ha sido uno de los paladines del posmodernismo, casi siempre provocador, a menudo oscuro. Principió criticando la sociedad de consumo, desde la perspectiva marxista. E, instalado ya en la posmodernidad, sentenció que el simulacro ha sustituido en nuestra sociedad al hecho, y la irrealidad a lo real. Pese a tener sólido fundamento, estas percepciones le condujeron a intrépidas piruetas, de varia fortuna, como lo fue afirmar que la guerra del Golfo –servida por la tele con imágenes de regusto ficticio– no había tenido lugar. Aquello fue un gran alivio para las víctimas del conflicto... Y es que todo era simulacro para Baudrillard; salvo sus teorías, vamos a suponer.

Por su parte, José Luis Coll se pasó media vida zascandileando por cafés y billares, e incluso fue bien recibido en la Bodeguilla y la Zarzuela. Los ciudadanos de este país le recordamos soltando supuestas gansadas junto al larguirucho y –si cabe– verbalmente más despeitado Tip. Coll fue autor de varios títulos en los que, como Baudrillard, aunque con otros fines, exploraba las fisuras, la fragilidad y el potencial polisémico de voces y términos. En sus peculiares diccionarios, bastaba un acento caprichoso, una letra extrañada o dislocada para que las palabras mutaran y liberaran una insospechada carga semántica, por lo general cómica..., aunque no sólo cómica.

EL HUMOR

está sobrevalorado,
pero ¿acaso
no lo está más el
posmodernismo?

Me dirán que Baudrillard perseguía una cosa, y Coll, otra. Es verdad. Los pensadores de la posmodernidad, empezando por Lyotard, predicaron la incredulidad ante el discurso de la Ilustración –esa época feliz en la que los intelectuales de referencia podían elegir entre la Bastilla o el exilio–, tildaron la razón de cárcel y, a modo de alternativa, propusieron la fragmentación, el recelo sistemático y la desesperanza. Para Baudrillard, no había muchas posibilidades de progreso social más allá de las soluciones patafísicas, imaginarias. Quizás llevara razón. O quizás no.

Coll tampoco aspiró a cambiar el mundo con su arte; ni siquiera a diagnosticar sus males. Pero, a diferencia de los posmodernos, lo hizo más chispeante y, por tanto, más llevadero. Porque pese a poseer una inteligencia apreciable, no optó por ganarse la vida cegando horizontes. Se contentó con subrayar la volubilidad de las palabras, manteniendo abierta una línea de subversión y de sorpresa. Coll no deseaba deprimirnos, sino divertirnos con su humor. Éste no es un argumento definitivo para preferirle; admitiría incluso que el humor está sobrevalorado. Pero ¿acaso no lo está más el posmodernismo?•

Y en tierra propia. Es muy probable que si el Cric actuara en el BTM, en el Palau Sant Jordi o en el Auditori no tendría estos problemas, pero una carpa que levanta sus mástiles al cielo en un espacio urbano es una complicación para una sociedad de orden, ordenada y con normativas que tienden siempre a regular los fenómenos por la vía de la restricción, cuando no de la represión. Si el Cric Cric es lo más parecido al circo nacional de Catalunya, debería tener el aval político para ser recibido con las mismas prestancias y facilidades que el Teatre Nacional, la OBC o, en suma, la cultura nacional. Eso no evitará que, como pasó en Girona hace tres años, haya conflictos entre el Cric y el Raluy, dos ilustres circos catalanes, y tampoco impedirá las maniobras del tradicional Circo Americano, afincado en Castelló d'Empúries.

Nótese que el hartazgo de Poltrona y compañía se produce coincidiendo con la inauguración en Madrid de un espacio fijo para el espectáculo circense y con dirección del payaso catalán Joan Montanyès. No hay que caminar sólo la normativa, sino la sensibilidad.

SANTIAGO FONDEVILA